

MAXIMILIANO. (Que devuelve el papel, después de leerlo.)—
¡Hasta mañana, pues!

ILLO. (Que, ciego de cólera, y ya no dueño de sí mismo, le presenta el papel con una mano, y la espada en la otra.)—¡Firma, Judas!

ISOLANI.—¿Qué haces, Ilo?

OCTAVIO, TERZKY, BUTLER. (A la vez.)—¡Fuera la espada!

MAXIMILIANO. (Que le acomete de improviso y lo desarma, al Conde Terzky.)—¡Llévalo á dormir! (Vase.)

(Ilo, gruñendo y maldiciendo, es sujetado por algunos comandantes. Mientras dura el tumulto consiguiente, cae el telón.)

ACTO V.

El lugar de la escena, un aposento en la casa de Piccolomini.
Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO PICCOLOMINI. Un criado le alumbra.—Poco después MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

OCTAVIO.—En cuanto llegue mi hijo, que pase... ¿Qué hora es?

EL CRIADO.—Pronto amanecerá.

OCTAVIO.—Dejad aquí la luz... Yo no me acuesto ya... andad á dormir.

(Vase el criado. Octavio se pasea pensativo. Maximiliano Piccolomini entra sin que lo note Octavio, y lo observa un rato en silencio.)

MAXIMILIANO.—¿Te has enfadado conmigo, Octavio? Dios sabe que no he sido el culpable de esa odiosa contienda... Bien vi que tú habías también firmado... Lo aprobado por tí, debiera haberlo sido por mí... Sin embargo... ya sabes... que, en asuntos de esta naturaleza, ha de seguirse la propia, no la ajena inspiración.

OCTAVIO. (Acercándosele á él, y abrazándolo.)—¡Síguela siempre después, hijo mio querido! Ha sido más leal contigo que el ejemplo de tu padre.

MAXIMILIANO.—Explicaos más claramente.

OCTAVIO.—Me explicaré. Después de lo que ha sucedido esta noche, no debe haber secreto entre nosotros. (Siéntanse los dos.)—Dime, Maximiliano, ¿qué opinas tú del juramento, cuya firma se nos ha arrancado?

MAXIMILIANO.—Para mí no tiene nada de capcioso, aunque no apruebe su redacción.

OCTAVIO.—¿Y no te ha guiado otro motivo alguno para no firmarlo?

MAXIMILIANO.—Era un negocio serio... yo estaba distraído... y, á la verdad, no lo estimaba tan urgente.

OCTAVIO.—Sé franco, Maximiliano. ¿No abrigabas sospecha alguna?

MAXIMILIANO.—¿Sospecha sobre esto? Ni la más leve.

OCTAVIO.—Agradécelo á tu buen ángel, Piccolomini. Sin saberlo tú, te ha alejado del abismo.

MAXIMILIANO.—Ignoro lo que piensas.

OCTAVIO.—Te lo diré. Has de autorizar con tu nombre una infamia, y con un rasgo de pluma renunciar á tu deber y á tu juramento.

MAXIMILIANO. (Levantándose.)—¿Octavio!

OCTAVIO.—Permanece sentado. Muchas cosas has de oír todavía de mis labios, amigo, porque has vivido años enteros en la ceguedad más incomprensible. La más negra trama se ha urdido ante tus ojos, y un poder infernal ha oscurecido la clara luz de tus facultades... No me atrevo á callar por más tiempo, y debo arrancar la venda de tus ojos.

MAXIMILIANO.—Antes de hablar, piénsalo bien. Si se trata de simples conjeturas... y me temo mucho que no sean otra cosa... suprimelas. No me hallo ahora dispuesto á escucharlas tranquilo.

OCTAVIO.—Por graves que sean tus razones para huir de la luz, más lo son las mías para manifestártela. Podía aban-

donarte, confiado á tu inocencia y á tu propio juicio; pero veo que la red está ahora preparada para corromper tu corazón... El secreto (Mirándolo inquisitorialmente.) que tu me ocultas, me obliga á revelarte el mío. (Maximiliano intenta responder, pero se detiene, y mira al suelo confuso.) Ten, pues, entendido, que te tienden asechanzas... que se burlan de un modo vergonzoso de tí y de todos nosotros. El Duque finge que quiere abandonar el ejército; y á estas horas se trabaja... en robar sus tropas al Emperador y entregarlas al enemigo.

MAXIMILIANO.—Conozco esos cuentos de gentes de sotana, pero no esperaba oírlos de tus labios.

OCTAVIO.—El oírlos ahora de mi boca te prueba que no son cuentos de curas.

MAXIMILIANO.—¿Tan loco suponen al Duque? ¿Podría acaso figurarse que treinta mil soldados veteranos, hombres de honor, entre los cuales se cuentan más de mil nobles, habían de renunciar á su juramento, á su deber y á su honor, y unirse para cometer una infamia?

OCTAVIO.—Él no pide que se cometa... Lo que quiere de nosotros lleva un nombre más inocente. No aparenta otra cosa que dar la paz al imperio; y porque el Emperador la detesta, se propone... ¡forzarlo á que la acepte! Intenta complacer á todos, y, en pago de este servicio, quedarse con la Bohemia, á la que ahora ocupa.

MAXIMILIANO.—¿Ha merecido de nosotros, Octavio, que tan indignamente lo juzguemos?

OCTAVIO.—No se discute ahora nuestra opinión. La cosa habla por sí, y evidéntísimas son las pruebas de su existencia. ¡Hijo mío! No ignoras cuán mal estamos ahora con la corte... pero no tienes noticia alguna de las intrigas y artificios que se ponen en juego, para que estalle la sedición en el campamento. Disueltos están los lazos que unen á los oficiales con su Emperador, á los soldados con los pai-

sanos. Desoyendo la voz del deber y de la ley, se revuelve contra el Estado, á quien debiera proteger, y hasta amenaza sacar su espada contra él. Tan lejos ha ido en ese camino, que, en este momento, el Emperador tiembla ante su propio ejército... en su misma capital teme el puñal de los traidores, y los teme hasta en su castillo; proponiéndose nada menos que alejar sus queridos nietos, no ya de los suecos ni de los luteranos... ¡no! ¡sino de sus mismas tropas!

MAXIMILIANO.—¡Deteneos! Me angustias y me conmueves. Cónstame que se tiene miedo á fantasmas, aunque esos extravíos sean presagio de seguras desdichas.

OCTAVIO.—No son ilusiones. Arde la guerra civil, la más desnaturalizada de todas las guerras, si no corremos presurosos á sofocarla. Largo tiempo hace que están ganados los coroneles; los subalternos vacilan; vacilan ya regimientos enteros, guarniciones completas. Las plazas fuertes están guardadas por extranjeros, y Schafgotsch, sospechoso, tiene á sus órdenes á los soldados de la Silesia, Terzky cinco regimientos de caballería y de infantería, y las tropas mejor equipadas en poder de Illo, Kinsky, Butler é Isolani.

MAXIMILIANO.—Y también en poder de nosotros dos.

OCTAVIO.—Porque nos creen de su partido, y piensan seducirnos con brillantes promesas. Por esto me concede los principados de Glatz y de Lagan, y bien veo yo el anzuelo con que cuentan atraparte.

MAXIMILIANO.—¡No, no, no, te digo!

OCTAVIO.—¡Oh! ¡Abre, pues, los ojos! ¿Qué motivo, á tu juicio, nos ha traído á Pilsen? ¿Para consultarnos acaso? ¿Cuándo ha necesitado Friedlandia de nuestros consejos? Hemos sido llamados para vendernos á él, y si nos oponemos... para quedar en rehenes... Por esto no ha venido el Conde Gallas... Y no verías aquí á tu padre, si no lo encadenaran más sagrados deberes.

MAXIMILIANO.—Él no oculta que nos reunimos aquí por su causa... y confiesa que necesita de nuestra ayuda para conservarse en su puesto. Ha hecho tanto por nosotros, que parece justo que le correspondamos.

OCTAVIO.—¿Y sabes tú lo que debemos hacer por él? La embriaguez iracunda de Illo te lo ha dicho. Reflexiona, pues, en lo que has visto y oído. El papel primitivo, el que se retiró, ¿no prueba que la cláusula suprimida era decisiva, y que lo que se pretende de nosotros no puede ser justo?

MAXIMILIANO.—Lo sucedido anoche con ese documento no es para mí otra cosa que una jugada engañosa, impudable sólo á Illo. Este linaje de farsantes aspira siempre á ponerse al frente de todo. Conocen que el Duque está mal con la corte, y creen servirlo si ensanchan la herida hasta hacerla incurable. A mi parecer, el Duque lo ignora todo.

OCTAVIO.—Me duele desvanecer tu buena opinión, tu juicio perfectamente fundado acerca de nuestro General. Sin embargo, no es esta ocasión de escrúpulos... y debes tomar tus medidas con rapidez, y obrar prontamente... Quiero sólo confesarte que todo cuanto te digo, y que tan inverosímil te parece, yo lo he oído... de los labios mismos del Príncipe.

MAXIMILIANO. (Con viveza.)—¡Nunca!

OCTAVIO.—El mismo me dijo... lo que yo sabía por otro conducto: que quería pasarse á los suecos, y, á la cabeza del ejército confederado, obligar al Emperador...

MAXIMILIANO.—Es irascible, y la corte lo ha ofendido en lo más vivo; quizás en un momento de mal humor habrá acaso olvidado los consejos de la prudencia.

OCTAVIO.—Tranquilo estaba cuando me lo dijo; y traduciendo por miedo mi sorpresa, me enseñó cartas de suecos y sajones, que le daban esperanzas de obtener seguro auxilio.

MAXIMILIANO.—¡No puede ser! ¡no puede ser! ¡no puede

ser! ¡Ya ves que esto no puede ser! Tú le hubieras manifestado tu horror, y él hubiera cedido, ó tú... no estarías vivo ahora junto á mi.

OCTAVIO.—Le he expuesto mi opinión, he querido disuadirlo con vivas instancias, con el mayor empeño... aunque haya disimulado profundamente mi horror hacia su conducta, mi verdadera opinión.

MAXIMILIANO.—¿Será posible en tí tanta falsedad? ¡Esto es indigno de mi padre! No te creía cuando hablabas mal de él, y menos ahora, en que á tí mismo te calumias.

OCTAVIO.—Yo no me proponía conocer todo su secreto.

MAXIMILIANO.—Lealtad exigía su confianza.

OCTAVIO.—Ya no merecía mi sinceridad.

MAXIMILIANO.—Menos digna de tí era la mentira.

OCTAVIO.—No siempre es posible, hijo mío querido, mostrar tanta candidez en la vida, y decir sin ambages lo que sentimos. En lucha continua contra la astucia, la sinceridad acaba al fin por desaparecer... La perversidad, entre otros males, produce el de no engendrar nada bueno. Yo no sutilizo, sólo cumplo mi deber, y mi conducta me ha sido trazada por el Emperador. Acaso fuera mejor seguir en todo los impulsos del corazón, pero entonces sería inútil la prosecución de ciertos fines loables. Lo que importa ahora, hijo mío, es servir bien al Emperador, diga la conciencia lo que le plazca.

MAXIMILIANO.—Yo no debo conocer ni presumir lo que deseas. El Príncipe, según dices tú mismo, te abrió francamente su corazón respecto á un propósito censurable, y tú lo engañaste con buen fin. Calla, te lo ruego... ¡Me arrebatas un amigo!... ¡no me hagas perder un padre!

OCTAVIO. (Reprimiendo sus sentimientos.)—¡Aun no lo sabes todo, hijo mío! Algo más tengo que revelarte. (Pausa.) El Duque de Friedlandia ha hecho sus preparativos. Confía en su estrella. Piensa que nos cogera desprevenidos... cree

que se apoderará sin obstáculo de la corona de oro. Se equivoca... Nosotros tampoco nos descuidamos. Lo que le espera, es un fin malhadado y misterioso.

MAXIMILIANO.—¡Que no os precipitéis, oh padre! ¡Os conjuro por cuanto amáis! ¡Nada de aturdimiento!

OCTAVIO.—En silencio recorre él su funesto camino, y silenciosa y astuta lo persigue la venganza. Invisible y confiada está á su lado, y, sólo con dar un paso más, lo alcanzará de un modo horrible... Ya has visto conmigo á Quesenberg, pero no conoces más que su misión pública... Trae además otra secreta, sólo para mí.

MAXIMILIANO.—¿Puedo saberla?

OCTAVIO.—¡Maximiliano!... La suerte del imperio depende de una sola palabra, y la vida de tu padre queda en tus manos... Amas á Wallenstein, únete á él apretado lazo, y lo respetas desde tus primeros años... Tú acaricias el deseo... ¡Oh! Déjame que prevenga tu vacilante confesión... Tú abrigas la esperanza de unirte á él más estrechamente.

MAXIMILIANO.—¡Padre!

OCTAVIO.—Yo me fío de tu corazón; pero ¿tengo la seguridad de que podrás dominarte? ¿Podrás reprimirte, hasta el punto de presentarte sereno delante de ese hombre, si te declaro cuál es la suerte que le está reservada?

MAXIMILIANO.—¿Cuando ya me has revelado todo su delito! (Octavio toma un papel de una cajita, y se lo entrega.) ¿Qué es? ¿Cómo? ¿Una carta del Emperador?

OCTAVIO.—Léela.

MAXIMILIANO. (Después de pasar la vista por ella.)—¡El Príncipe condenado y proscrito!

OCTAVIO.—Así es.

MAXIMILIANO.—¡Oh! ¡Esto ha ido ya demasiado lejos! ¡Error deplorable!

OCTAVIO.—¡Lee más! ¡Reanimatel!

MAXIMILIANO. (Después de leer un poco, mirando sorprendido á su padre.)—¿Cómo? ¿Es posible? ¿Tú? ¿Tú eres...

OCTAVIO.—Sólo por el momento... y hasta que el Rey de Hungría se presente al ejército, se me encarga del mando...

MAXIMILIANO.—Y ¿crees que se lo arrancarás? No hay que pensarlo. ¡Triste misión la tuya, padre, padre, padre! Este papel... este papel, ¿podrá valer aquí algo? ¿Desarmar á un hombre todopoderoso, en medio de su ejército, rodeado de tantos miles de partidarios? ¿Eres perdido... sí, todos lo somos!

OCTAVIO.—Bien sé á lo que me expongo. Estoy en las manos del Señor, que amparará con su égida á la casa piadosa del Emperador y deshará esa infernal trama. Quédanle aún fieles servidores, y hasta en el campamento hay hombres leales, que se sacrificarán por la buena causa. Los fieles viven vigilantes, y observan á los demás. Aguardo sólo el primer paso, y en seguida...

MAXIMILIANO.—¿Ha de bastarte sólo una sospecha, para obrar con esa precipitación?

OCTAVIO.—Las acciones tiránicas son incompatibles con el Emperador. No quiere castigar la intención, sino los actos. El Príncipe tiene todavía el destino en sus manos... Si no lleva á cabo su crimen, se le despojará del mando sin ruido, y se le entregará al hijo de su Emperador. Un destierro honroso en sus dominios será para él un bien, no un mal. Sin embargo, el primer paso sensible...

MAXIMILIANO.—¿Qué quieres decir con eso? Nunca lo daré. Podrías tú acaso... lo has hecho ya... interpretar como criminal lo más inocente.

OCTAVIO.—Por punibles que sean los propósitos del Príncipe, sus actos públicos pueden calificarse hasta ahora con benevolencia. Yo no pienso hacer uso de este rescripto hasta que pruebe algún hecho su alta traición, de un modo incontrovertible, y que sin apelación lo condene.

MAXIMILIANO.—Y ¿quién ha de ser el juez?

OCTAVIO.—Tú mismo.

MAXIMILIANO.—¡Oh! Entonces es inútil esta carta, puesto que me has dado tu palabra de que nada harás hasta que yo mismo me convenza.

OCTAVIO.—¿Es posible? ¿Todavía... después de todo lo que sabes, crecerás en su inocencia?

MAXIMILIANO. (Con viveza.)—Tu juicio puede equivocarse, no mi corazón. (Prosiguiendo más moderado.)—Los genios no han de medirse como los demás mortales. Así como él hace depender su suerte de los astros, así su carrera es maravillosa, llena de misterio, y perpetuamente incomprendible. Créeme, se le juzga con injusticia. Todo se aclarará. Le veremos salir immaculado de tan negras sospechas.

OCTAVIO.—Esperaré.

ESCENA II.

Los MISMOS.—EL AYUDA DE CÁMARA, y, poco después, un CORREO.

OCTAVIO.—¿Qué hay?

EL AYUDA DE CÁMARA.—Un correo espera á la puerta.

OCTAVIO.—¡Tan temprano! ¿Quién es? ¿De dónde viene?

EL AYUDA DE CÁMARA.—No ha querido decirme lo.

OCTAVIO.—Que éntre. Que nadie se entere. (Vase el Ayuda de cámara, y entra un Corneta.) ¿Eres tú, Corneta? ¿Vienes de parte del Conde Gallas? Dáme la carta.

EL CORNETA.—Mi comisión es verbal. El General no se fiaba...

OCTAVIO.—¿Cuál es?

EL CORNETA.—Os dice... pero ¿puedo hablar con libertad?

OCTAVIO.—Mi hijo lo sabe todo.

EL CORNETA.—¡Ya es nuestro!

OCTAVIO.—¿Quién?

EL CORNETA.—Sesina, el negociador.

OCTAVIO. (Con rapidez.)—¿Está en nuestro poder?

EL CORNETA.—En el bosque de Bohemia lo apresó el capitán Mohrbrand anteayer, cuando caminaba hacia Ratisbona en busca de los saecos para llevarles despachos.

OCTAVIO.—¿Y los despachos...

EL CORNETA.—El General los ha enviado á Viena con el negociador.

OCTAVIO.—¡Al fin, al fin! ¡Gran noticia! Este hombre es un verdadero hallazgo, y por él sabremos cosas importantes... ¿Se encontraron muchos despachos?

EL CORNETA.—Seis paquetes, con las armas del Conde Terzky.

OCTAVIO.—¿Ningún escrito del Príncipe?

EL CORNETA.—No, que yo sepa.

OCTAVIO.—¿Y Sesina?

EL CORNETA.—Se intimidó sobremanera, cuando se le dijo que iba á Viena. El Conde Altringer le ha consolado y prometido benevolencia, si llega á confesarlo todo.

OCTAVIO.—¿Está Altringer con vuestro General? Me habian dicho que se hallaba en Linz enfermo.

EL CORNETA.—Seis días hace ya que está en Frauenberg con el General. Han reunido sesenta banderas de tropas escogidas, y os participan que sólo esperan vuestras órdenes.

OCTAVIO.—Muchas cosas pueden suceder en pocos días. ¿Cuándo os marcháis.

EL CORNETA.—Estoy á vuestra disposición.

OCTAVIO.—Quedaos hasta la noche.

EL CORNETA.—Bien. (Hace ademán de irse.)

OCTAVIO.—¿Nadie te ha visto?

EL CORNETA.—Nadie. Los capuchinos, como siempre, me introdujeron por el póstigo del convento.

OCTAVIO.—Márchate, descansa y mantente oculto. Creo que podré despacharte antes que llegue la noche. Los negocios caminan á su desenlace, y antes de transcurrir el día fatal, que ahora rompe, ha de decidirse la suerte.

(Vase el Corneta.)

ESCENA III.

Los dos PICCOLOMINI.

OCTAVIO.—¿Y ahora, hijo mío? Pronto veremos claro... porque todo, según me consta, pasaba por las manos de Sesina.

MAXIMILIANO. (Que, durante toda esta escena, ha sido presa de una lucha interior violenta, con resolución.)—Yo veré la luz por el camino más corto. ¡Adiós!

OCTAVIO.—¿Adónde vas? Quédate aquí.

MAXIMILIANO.—Voy á buscar al Príncipe.

OCTAVIO. (Asustado.)—¿Cómo?

MAXIMILIANO. (Volviendo.)—Si has creído que yo representaría un papel en tu juego, te has equivocado. Mi camino es completamente recto. No puedo decir verdad con la lengua, y engañar con el corazón... ni tolerar que nadie se fie de mí como de un amigo, y cargar así mi conciencia, diciéndome que obra á sus riesgos y peligros, y que mi boca no le engaña. Yo me vendo por lo que soy. Hoy lo provocaré á sincerarse ante el mundo, y á romper tu artificiosa trama con un golpe decisivo.

OCTAVIO.—Quisieras tú...

MAXIMILIANO. — Lo quiero, sin duda alguna.

OCTAVIO. — Sí, seguramente; yo he errado al juzgarte. Te conceptuaba un hijo sensato, que bendeciría la mano benéfica, que había de salvarte del abismo... y descubro que estás ciego, que tus ojos te extravían, y que, oscurecidos por la pasión, ni aun ven la clara luz del mediodía. Vé, pues; preguntale. Sé insensato hasta el extremo de revelar el secreto de tu padre y de tu Emperador. Obligame á romper antes de tiempo. Y ahora, ya que por obra del cielo se ha guardado mi secreto, y ha dormido la mirada penetrante de la sospecha, que viva yo lo bastante para presenciar el espectáculo de ver á mi hijo, imprevisor y arrebatado, destruyendo los planes trabajosos de la política.

MAXIMILIANO. — ¡Oh! ¡cuánto maldigo esa política! Lo excitaréis por ella á precipitarse... Sí; podéis hacerlo culpable, puesto que deseáis que lo sea. ¡Oh! Esto no puede acabar bien... y decidase como quiera, presiento que ha de ser funesto el desenlace... Este Rey, si sucumbe, arrastrará un mundo entero en su caída, y como un bajel, que se incendia en medio de la mar, revienta y arrastra consigo á toda la tripulación, lanzándola entre las olas y el cielo, así también todos nosotros, unidos á su fortuna, le seguiremos también en el abismo. Haz lo que quieras, pero deja que yo te imite. No ha de haber celaje alguno entre él y yo, y antes de espirar este día, he de saber si he perdido un amigo ó un padre. (Al salir, cae el telón.)

LA MUERTE DE WALLENSTEIN.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

WALLENSTEIN.

OCTAVIO PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

TERZKY.

ILLO.

ISOLANI.

BUTLER.

EL CAPITÁN NEUMANN.

EL CORONEL WRANGEL, *enviado sueco.*

GORDON, *Comandante de Egra.*

EL MAYOR GERALDIN.

DEVEREUX,

MACDONALD,

UN CAPITÁN SUECO.

UNA DIPUTACION DE CORACERGS.

EL BURGOMAESTRE DE EGRA.

SENI.

LA DUQUESA DE FRIEDLANDIA.

LA CONDESA TERZKY.

TECLA.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN, *dama de la Princesa.*

ROSENBERG, *Escudero de la Princesa.*

Dragones, Criados, Pajes, pueblo.

En los tres primeros actos la escena es en Pilsen, y en los dos últimos en Egra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO